

La Muerte de Felipe Segundo

(De Paul Verlaine)

El poniente de un sol de septiembre ensangrienta los picos de las sierras y los adustos llanos y la bruma lejana que va cayendo lenta

El Guadarrama escharcha los olivos enanos que sobre el horizonte recortan sus ramajes negros y polvorientos, cual contorcidas manos.

Un gran vuelo anguloso de pájaros salvajes raya el cárdeno cielo. Después, lanzando un grito ronco, de agorería, se hunden en los follajes.

Despótico, elevando su frente al infinito, con sus torres octogonas, sombrías y altaneras, el Escorial asienta su orgullo de granito.

Se abren sobre los muros monótonas vidrieras; anchos muros cuadrados, con un solo ornamento: parrillas y coronas labradas en hileras.

Con un sonido igual al salvaje lamento de un oso acorralado por los rudos pastores cuyo siniestro aullido va repitiendo el viento,

torrente de alaridos y de vagos rumores que se evaporan, tal en la paz vespertina, suenan de las campanas los siniestros clamores,

Una sombra de plomo cae en la palatina mansión y—como una hierática serpiente—un cortejo de frailes avanza en la neblina.

Según la regla ascética, desfilan lentamente, descalzos, con un cirio mortuorio en la mano, llenando el monasterio con su canto imponente

¿Quién se muere? ¿Por quién resuena el sobrehumano adiós? ¿Por qué el cortejo viene con cruz alzada, según el ritual católico romano?

La cámara es sombría y vasta. Una labrada gran puerta de caoba se va abriendo sin ruido, para que no rechine, suavemente acitada.

Más triste que la noche, brilla el enrojecido poniente, que flamea sobre las colgaduras después de haber los altos vitrales encendido,

y pone en los relieves de las arquitecturas, en las sombras del techo y en torno de las cosas ese halo singular de las viejas pinturas.

Siluetas cortesanas se agitan afanosas y, cual paso de hiena que avanza entre las ramas, deslizan sus furtivas pisadas sigilosas

Ricos son los vestidos de señores y damas: rasos y terciopelos, seda, armiño y brocados cantan la oda del lujo con victoriosas gamas.

Como breves relámpagos, con arte distanciados, sus corazas de cobre, que el ocaso ilumina, muestran en clarooscuro los guardias alineados.

Todo de negro, un hombre de agreste faz corvina, las manos en sus fémures suavemente apoyadas, igual que sobre un libro sobre el lecho se inclina.

Suntuosas y litúrgicas cortinas recamadas de los doseles de ébano penden con rigidez y con sus bordaduras deslumbran las miradas.

En el lecho hay un viejo de insigne delgadez que, con dedos de espectro, su rosario desgrana y las cuentas ungidas besa de vez en vez.

Sus ojos vítreos miran a una sombra lejana... En su garganta hierve un silbante estertor y es fétido el aliento que de sus labios mana.

En su barba crecida, de apagado color de amaranto, que ensucian densos mechones rojos, y bajo los encajes del rico cobertor,

voraces, hormigueando por los regios despojos, cual vampiros que chupan la purulenta escoria, en largos batallones van y vienen los piojos.

Es el Rey quien se muere... ¡Saludad su memoria! ¡Don Felipe Segundo de España!... En su aposento está el águila austriaca fulgurante de gloria

Grandes escudos de armas; las banderas que al viento de los siglos proclaman la gran gesta imperial sobre los muros, se hinchán con leve movimiento.

Se abre la puerta. Un golpe de claridad brutal súbitamente brota, vacila y se arrellana en la espaciosa cámara, jirón horizontal

Entran diez capuchinos; de su plegaria mana el éxtasis y traen antorchas encendidas. Uno de ellos se acerca al lecho. La campana

dob'a y se oye un murmullo de voces doloridas... Tiene un paso de piedra el pastor de la grey de Dios; tras sus pestañas irradian encendidas

las iras de la Fe. Y su andar, cual la Ley, pesa denso en la alfombra, firme, rítmico, enfático. Con los ojos en tierra va derecho hacia el Rey

y, cuando pasa, todos con ademán extático se arrodillan, golpeándose el pecho con la mano porque consigo lleva el divino Viático.

Con respeto se aparta del lecho el matasano, el doctor de la arcilla, dejando en tal momento el lugar a tu médico, ¡oh, espíritu cristiano!

La triste faz del Rey, que alarga el sufrimiento, al acercarse el fray de pronto se ilumina; ¡tanta esperanza encierra el dulce sentimiento

religioso! Del monje la mirada fulmina brillante de perdones por las faltas humanas y se para, enviado de la bondad divina

En los aires, siniestras resuenan las campanas,

La confesión comienza. Los acentos postreros del Rey hablan de sangre, de brujas, de judíos y de herejes tostados en los santos braseros.

—¿Os pesa haber impuesto el yugo a los impíos? Quemar a los judíos es una dilección; fuisteis fiel y ortodoxo—clama en tonos sombríos

el reverendo; y luego, pleno de exaltación, parece, alta la frente, con los brazos cruzados, la alegoría de la Santa Inquisición.

Después de un breve aliento y con entrecortados suspiros, cual si fuera arrancando en jirones del fondo de una oscura conciencia los pecados,

el Rey, a quien el trágico fulgor de los hachones alumbró el rostro pálido y la huesuda frente, dice: —Alba, Flandes, muertos, robos, violaciones...

—Los flamencos herejes fueron muy justamente sometidos. Debisteis, ¡oh, Rey!, exterminarlos, y es extraña esa duda que cruza vuestra mente;

seguid—. Y el Rey habló del Infante Don Carlos, y sus ojos lloraban sin que ya su espectral mano tuviese fuerza de acudir a enjugarlos.

—¿Deploráis este acto tan justo e imparcial? Fué muy culpable el Príncipe por haber pretendido hundir a la católica España en el fangal

de la herejía inglesa y por haber querido conspirar con siniestras astucias execrables contra un padre, contra un amo, contra el Ungido—

Dijo el fray las sagradas fórmulas exorables que nos limpian el ánima de todos los errores, y, elevando la Hostia sus manos venerables,

dieron la Eucaristía al Rey... Y los rumores cesaron. El cortejo se humilló, arrodillado, bisbiseando preces, a los tristes fulgores

de los cirios. El Rey, tras de haber comulgado, se recostó en la almohada, y la beatitud de la absolución, sobre su rostro, descarnado

expandió el resplandor de su clara virtud. ¡Sus ojos contemplaban ya la luz milagrosa de la aurora que empieza detrás del ataúd!

Y en tanto que los nobles, en la antesala umbrosa, con angustia observaban detrás de la cortina, el alma del monarca subía a la luminosa

región de la verdad... La gente palatina oía de su Rey el estertor profundo; tal pasa el huracán a través de una ruina.

Después, nada; del seno del cadáver inmundo brotaron los gusanos con insufrible hedor a juntarse a los piojos... ¡Don Felipe Segundo

estaba ya a la diestra de Dios Nuestro Señor!

Emilio CARRERE



CUENTOS ESPAÑOLES

PEORES QUE FIERAS

ENTRÓ como una tromba en el escritorio, y dijo, encarándose con el contador, que llevaba tres horas haciendo números sin descanso.

—¿Terminó usted ese balance, hombre de Dios? Se ha propuesto usted impacientarme, por lo visto.

Benítez alzó hacia el recién llegado los ojos, turbios ya por el no interrumpido trabajo.

—En este momento lo concluía. Y no crea usted que me he dormido. Desde las dos no levanto cabeza, D. Servando...

—Está bien; está bien. Menos palabrería y más actividad... A ver, vengan esos papeles.

Mientras los ojeaba, fijándose en las cifras finales, Benítez limpiaba la pluma cuidadosamente en la manga del raído chaqué.

—Puede usted estar satisfecho, D. Servando. Casi trescientas mil pesetas líquidas.

Don Servando resolvió, indignadísimo:

—¿Qué es eso de trescientas mil pesetas? Vaya un modo de exagerar... Poco más de doscientas noventa mil... Si es que no hay algún error en estas operaciones, que bien pudiera ser... No es ninguna exageración, después de todo... El año entero dando tumbos por los caminos... He tenido yo que hacer más piruetas que esa gentualla... Y, lo peor de todo, tratar con ellos día y noche... ¡Peste de gentuza!... Son como fieras... Peores que fieras...

Pero, aunque trataba de encarecer la parte adversa del negocio, fulgía la mirada con chispazos de contento. Pocos años como este, y era rico. ¿Suerte? ¿Habilidad? Lo que fuera. Varias *troupe*s de circo recorriendo España de un lado y otro. En las ferias, en la época de festejos, bajo un barracón de tablas y lona, si no había local más adecuado, las huestes de D. Servando divertían al público mientras el nuevo Barnum llenaba la bolsa en la galana proporción que Benítez había puesto de relieve.

Un timbrazo en la escalera. El botones penetra en el escritorio.

—Don Servando: un señor quiere verle.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho... Habla que casi no se le entiende. Parece extranjero.

Don Servando se llevó las manos a la cabeza.

—¡Horror! Alguno de la *troupe*. Cualquier monserga, de seguro...

Paseó a grandes zancadas. Luego, encarándose con Benítez, exclamó:

—¿Por qué no sale usted a recibirle? Dígame que estoy muy ocupado, que he salido, ¡que me he muerto! Lo que usted quiera. Y, sobre todo, cuidadito con lo que se habla. Mucho ojo con escurrirse. Que he perdido tanto y cuanto; que el negocio ha sido desastroso... No olvide usted que son fieras. Peores que fieras...

Obedeció Benítez, mientras quedaba su jefe midiendo a grandes pasos el escritorio. Sin saber por qué, un presentimiento hacía le barruntar algo desagradable. Por dos o tres veces pateó, impaciente: «¡Ese imbécil de Benítez! Le estará dando cuerda, en vez de despacharlo con cajas destempladas...»

A poco, apareció Benítez.

—¿Se fué ya?

—Está ahí... Es Petrowsky, el acróbata polaco: el del doble salto mortal de espaldas.

—Y ¿qué quería?

—Viene cojo, de resultas de un accidente del trabajo. Dice que usted lo sabe y quiere que lo indemnice.

Don Servando palideció intensamente. Un gesto de terror contra su rostro.

—¿Que yo le indemnice? ¿Yo qué tengo que ver con lo que le haya ocurrido?

—Díste que usted presenció el accidente...

—Yo no presencié nada... Si recuerdo que en Valencia, una noche se retiró cojeando. No he vuelto a verle. Creo que me hablaron de una distensión ligamentosa, o algo así. Pero de esto a quedarse cojo, va mucha distancia. Tal vez sea que está convaleciente.

—Me ha enseñado el muñón por debajo de la rodilla.

—¿Zambomba!

—Parece ser que estuvo mal cuidado: sobrevino la gangrena...

Hubo una pequeña pausa.

—Y, en resumen, ¿qué es lo que quiere?

—No tiene muchas pretensiones. Yo creo que se conformaría con un par de miles de pesetas... Tal vez fuese más conveniente dárselas...

Don Servando se irguió fieramente.

—¡Eso es! ¡Un par de miles de pesetas! Pero ¿es que usted se fuga que yo robo el dinero? ¡Dos mil pesetas a un budaque perdulario porque se ha torcido una pata! ¡Pues hombre!

Hundió las manos en los bolsillos y volvió a pasear, preocupado.

—¡Demonio, demonio, demonio!

Súbito, plantóse ante Benítez, que, silencioso, le veía evolucionar.

—Hay que resolver este asunto ahora mismo. No es cosa de dejarlo así. Probablemente lo habrá usted echado a perder, como si lo viera. Estoy rodeado de nulidades. Tengo que hacérmelo yo todo.

Habituado a los exabruptos de su jefe, Benítez calla, socarrón, fingiendo humildad.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama ese mastuerzo?

—Petrowsky.

—¡Vaya con el Petrowsky del demonio!

Y salió del escritorio dando un portazo, con cara de vinagre.

*

Pero no bien estuvo ante el inválido, transfiguróse. Le abrazó, efusivo, y en poco estuvo que le besara.

—¡Pero, hombre, Petrowsky! ¿Tú por aquí? ¡Tanto como yo te había echado de menos! Ya te dirían en Valencia que preguntaba por ti a diario... Luego, no tuve tiempo de escribirte; ya ves, constantemente de un lado a otro... Un verdadero desastre, chico. Ni dos pesetas. Trabaja para el nuncio, como aquí decimos... Y ¿qué fué eso, hombre de Dios? Poca cosa, ¿verdad? He leído que en Alemania hacen aparatos estupendos para los inválidos de la guerra... Ya verás como vuelves a ser el de antes. ¡Cómo si tal cosa, chico! Y yo que lo vea...

El polaco le miraba sorprendido, abriendo, hasta desorbitarse, los ojos plácidos, bovinos, estigma de una raza servil. Muy serio, silencioso, puso al aire el muñón apenas cicatrizado, que aun mostraba, fehaciente, la rubicundez de las suturas. Con torpe frase balbució:

—Mire, señor... Mi no podere trabacare... Mi no podere vivire... Hambre, señor, ¡hambre!

Y los grandes ojos bovinos, al evocar la suprema tristeza de un porvenir misérrimo, se llenaron de lágrimas. Don Servando hizo adoptar a su dúctil fisonomía un gesto por demás compungido.

—Yo creo que exageras, muchacho. Ya

verás cómo exageras. Pero, de cualquier modo, lo siento con toda mi alma. Palabra de honor. Y para convencerte de lo que yo soy, toma...

Extrajo del bolsillo dos monedas de cinco pesetas y se las ofreció al desdichado. Petrowsky dió un respingo de indignación.

—¡Oh, no señor! Indenizare más danaró... ¡Mucho más danaró!... E sino, iré a la yusticia... E la yusticia, indenizare más danaró...

La faz de don Servando habíase tornado fosca.

—Lo siento por ti. Ante esa actitud, me guardo mis dos duros. Puedes seguir el camino que te plazca. Allá tú. Pero te advierto que la justicia, no me infunde temor, por la razón sencillísima de que yo no tengo nada mío... ¿Lo entiendes? Ni un botón. ¿Cómo te diría yo?

¡Ni esto! (*Chascando la uña del pulgar contra los incisivos superiores.*) Así es que pedirme indemnización es como pedir la luna. Y ahora, largo de aquí, amigo. Por esa puerta se va a la calle.

Petrowsky no se movió. En sus ojos ya no había lágrimas; pero en sus labios persistía la palabra terrible:

—Hambre, señor... ¡hambre!...

—Te daba para comer y no lo has querido...

Magnánimo, añade:

—Vamos, ¿lo aceptas ahora?

Petrowsky tomó las monedas, y, requiriendo las muletas, que aún manejaba torpemente, encaminóse a la salida. Don Servando abrió el cancel, volviéndolo a cerrar no bien traspuso el otro los umbrales. En dos zancadas retornó al escritorio.

—¡Arreglado! No hay otro como yo para arreglar cuestiones peliagudas. Porque éste no vuelve por aquí, de seguro. ¿Se convence usted de que nadie me ayuda, Benítez? Si es por usted, le suelto dos pápiros... ¡Vamos, hombre! Ni que yo robara el dinero... Gracias a que no me he ablandado, que si no... ¡Buenas son estas gentes! Peores que fieras...

Sentía retozar en su cuerpo la satisfacción. Súbito, miró la hora.

—¡Demonio! Las seis menos cuarto...

Y a las seis vendrá el coche para llevarme a la estación... El negocillo de la *troupe* en Segovia... Voy corriendo a vestirme.

A. MARTINEZ OLMEDILLA

DIVAGACIONES

Del autor y su obra.

CON qué placer hubiera yo aplaudido la lectura de aquella comedia, a no ser, como era, cosa tan contraria al sentido común y al buen gusto! ¡Me inspiraba un interés tan tierno el jovencito modesto y humilde que me leía la obra en el café!...

Era realmente simpático aquel novel comediógrafo, emocionado y apocado, de mirada ingenua y profunda; una mirada de grave bondad, de severa y dulce bondad. Y su comedia, en cambio, ¡qué cosa tan estúpida, tan antipática y sin sustancia! Aquella obra inspiraba un odio singular. Daban ganas de hacer pedazos el manuscrito. ¡Cosa extraña! No podía odiar yo al autor de unas cuartillas que me eran tan odiosas. Parecía imposible que el muchacho, con su aire de pensador y de poeta, hubiera sido capaz de la mala acción que era de por sí la acción de aquella comedia, de asunto tan repugnante y desarrollo tan absurdo. Yo mismo me maravillaba del dualismo de sentimientos que iban despertando en mí, paralelamente, la lectura de la obra y la presencia del autor.

Reflexionemos: así como el odio hacia una acción o creación odiosa alcanza a aquel sobre quien se cuelga la culpabilidad o paternidad de la misma, en el contrario caso, cuando la obra es admirable, admiramos también al autor. Recuerdo, por ejemplo, la maravillosa «estatua yacente», de Julio Antonio. Todo Madrid desfiló por el palacio de la Biblioteca durante muchos días, y cuando, poco después, ocurrió la desgracia de su fallecimiento, ¡cuánto no había contribuido su gran triunfo a dilatar y sensibilizar más el dolor de «todo Madrid» por la pérdida del amado y glorioso artista!

Ajena—desde luego—a toda otra circunstancia de fisonomía y de edad en el autor, la obra debe poseer en sí lo mejor y más puro del espíritu de aquél. Atendidas a este principio, las señoritas románticas que se enamoran de un poeta a través de sus libros, no padecerían tan tremendas desilusiones. «El estilo es el hombre», según la antigua definición, y si, como sabiamente se ha dicho, el hombre es hijo de sus obras, la obra del hombre debe ser como un trasunto de sí mismo, y éste se hallará más cerca de la originalidad cuanto más la creación artís-

tica se haya como empapado o saturado de su propio espíritu.

Todo esto lo explicaba yo al novel comediógrafo que acababa de leerme una mala comedia *suya*, que no tenía nada de él.

Amigo de la infancia.

Tras largos años de separación, he visto hoy a mi gran amigo de la infancia. ¡Oh, sorpresa! Toda mi zozobra y emoción de unos momentos antes, se ha disipado al verle. La natural alteración de su fisonomía—obra del tiempo—, era motivo de suficiente fuerza para este fenómeno extraño, para esta frialdad y ceremoniosa cortésia que ha seguido al fervoroso abrazo primero? Yo tenía verdadera ansia de este momento, porque el nombre había despertado repentinamente en mí un tropel de recuerdos juveniles. ¡Y, sin embargo!... Parecía que uno y otro nos habíamos equivocado. Sin duda no era yo el amigo que él venía a buscar, y, por mi parte, aseguro que ya él no era el amigo que aguardaba yo. ¿Podemos explicarnos este singular fenómeno afectivo?

¡Juventud, divino tesoro!

En este verso de Rubén se condensa la infinita amargura de ese momento de fría madurez (reflexión, cabellos grises), verdadero plano inclinado que nos precipita en el matrimonio y nos impone ya una seriedad ceremoniosa y una penosa y complicada significación social.

Porque, realmente, si hay algo en la vida que merezca el calificativo mágico de «tesoro», es la juventud, la divina juventud primera, la dorada e ilusionada juventud dichosa, amante de la gloria y capaz de todos los altruismos, de todos los gestos nobles y los ideales elevados y puros.

¡Juventud, divino tesoro, que te vas para no volver!

Mi amigo de la infancia y de la primera juventud ¿era acaso este señor grave, de espíritu práctico y padre de una numerosa familia?...

Y su nombre, en cambio, ¡cómo evocaba en mí el encanto de unos lejanos y dichosos días juveniles!...

Roberto MOLINA

ELEVACIONES

LA CATEDRAL EN LA NOCHE

CUANDO llego a León es ya de noche, y la vieja ciudad, recogida, reposa en silencio. Mi primera idea es orientarme hacia la catedral, y pronto, cruzando calles, llego a una plaza espaciosa y tranquila, donde, absorto, me detengo. Allí está. Rodeada de bajos caserones dormidos, se alza vigilante y enhiesta, en la plateada oscuridad de la noche, la admirable *Pulchra Leonina*, a cuyos pies ofrecen las redondas acacias el fragante incienso de sus copas en flor, mientras el chorro interminable de una fuente desgrana con fervor, en la sombra, su diáfano rosario. En la bóveda inmensa del cielo, extasiadas, florecen las trémulas lamparitas de los astros, alumbrando a la catedral—súblime tabernáculo del templo inabarcable de la noche—y velando la paz de Aquel «que las cuenta y—dice el Salmista—las llama a cada una por su nombre»; mostrándose a veces las tímidas estrellas temblorosas por entre los huecos y calados de las torres, como se le aparecieron a Hugo a través de las alas del ángel del amor.

A la escasa luz de la noche se alarga la silueta imponente del templo desmesuradamente, y en la penumbra del atrio se adivinan unas estatuillas de santos que rodean, suspensos, la nivea imagen de Nuestra Señora la Blanca, verdadera *torre de marfil*, erigida en el centro del pórtico.

La tenue brisa nocturna trae un intenso olor a trigo que deleita. ¿Viene de alguna panera próxima, por cuyas abiertas ventanas se airea el grano, o fluye de la propia catedral como de un enorme montón de trigo apretado y moreno? Es el aire mismo que llega saturado y tibio, cual hogaza tierna; el aire blando que recorre los campos lentamente, mecido en la llanura los oleajes rumorosos de las mieses y las trémulas agujas de los chopos en la ribera, y lamiendo los sembrados copiosos se impregna de esa rica esencia de trigo que esta tierra produce para criar a sus hijos fuertes, enjutos y triquetos, nutridos por el maravilloso pan de vida con que la catedral está amasada por los siglos.

Contemplando este prodigioso monumento se comprende que únicamente un pueblo cuya fe ha transportado sus montañas de trigo a esta plaza, es capaz de elevar, como una plegaria, del centro de su propio corazón, la mágica arquitectura de una catedral gótica que, con sus robustas masas fundamentales coronadas de frágiles y aéreas cresterías, es a la vez, enorme y delicada como aquella Edad Media remota que le dió el ser. En sus pétreos sillares duerme el esfuer-

zo de una época que para expresar la exaltación de su fe necesitó quebrar la serena armonía de las normas clásicas alargando sus líneas hacia lo alto, y en la cual los hombres de toda condición y clase, no contentos con entregar sus fortunas para ayudar a la construcción de estos templos, acudían en penosas pe-

mántico — Novalis — en esta frase: «La vida es una enfermedad del alma.»

Temeroso de turbar con mi paso el silencio inefable de la noche, voy lentamente paseando, muy quedo, alrededor de la catedral, entregado a la contem-

plación del sutil costillar de arbotantes y contrafuertes que rodean el ábside. Quisiera penetrar en su interior y, perdido entre las sombras de las naves, esperar, como Huysmans en Chartres, la primera luz de la mañana que ha de iluminar vagamente el bosque de columnas, tiñendo con la luz sangrienta del oro las afiladas hojas de vidrio que radian en los encendidos rosetones.

Por su aérea transparencia ha sido llamada «lámpara» y «milagro de piedra»; y en verdad, y al decir de la tradición leonesa, «la catedral no tiene pa-

redes», puesto que sus maravillosas vidrieras se suceden continuamente, formando los costados del templo, unidas y separadas tan sólo por los estrechos haces de columnas que las enlazan. Milagro es, en efecto, que sobre tan frágil montura logre la catedral estabilidad completa. Diríase que, igualmente solicitada por dos tracciones contrarias, se sostiene en el aire; como si el tiro maternal en la tierra que la llama a su entraña (el *Venga a nos el tu reino* de la dolorida humanidad) estuviera exactamente compensado por el anhelo espiritual de volar al llamamiento del Padre, al celeste imán que alarga las agujas de las torres y purifica las almas. Y así la catedral no se derrumba, porque se encuentra suspendida en el aire—como el sepulcro de Mahoma entre dos imanes—gravitando, cual un astro en el espacio, por el opuesto amor de contrarrestadas atracciones.

A medida que sigo rodeando a la catedral aumenta la impresión de ingravidez que me produce. Parece que puede más en ella la fuerza que la obliga a ascender y presintiendo se atenaza a la tierra para desarraigarse consigo. Ahora que, afrontado de nuevo, la contemplo profundamente, se me aparece como una gigantesca figura arbitraria, que, arrodillada, levanta al cielo el iluminado hastial triangular de su frente, mientras se agarra a la tierra con los múltiples brazos de sus nervudos botareles, intensificando su obstinado esfuerzo. De súbito, siento un ronco crujido, una sacudida brusca que descuajase el suelo violentamente... y la nieve olorosa de las estremecidas acacias cae blandamente, cubriendo la tierra.

Ha pasado la noche; poco a poco amanece y la luz dura y fría que renace me penetra hondamente, trayéndome a la realidad, sacándome de mi ensueño, y, al volver cada cosa a su sitio, pegándome nuevamente a la tierra y a su torpe verdad. Y, sin embargo, al recobrar desenchajado y vacilante mi consciencia, se detiene el desencanto al advertir que la visión no fué inútil ni la ilusión absurda, porque siento, al despertar, el corazón más ligero, más frágil, como si en verdad hubieran llovido sobre él las blancas flores de estas acacias; y en una inefable renovación siento brotar de nuevo en el fondo de mi alma la flor inmarcesible que ha puesto Dios en nuestro vaso de barro.

Antonio MARICHALAR

Dibujo de R. ESTALELLA



LOS TRES SECRETOS

Un joven llamado Juan pasaba por una selva. Era pobre, estaba solo en el mundo e iba en busca de fortuna; al caer la noche se echó al pie de un árbol, y se quedó dormido.

A las doce en punto un buho cantó doce veces; el joven se despertó, y a la luz de la luna vió a un vejete parado en medio del sendero; el vejete tenía una barba muy larga y muy blanca; llevaba unas gafas muy grandes y muy negras y un gorro de terciopelo, muy alto y muy puntiagudo. Sacó del bolsillo de su peliza tres frascos de cristal; los destapó, murmuró sobre cada uno de ellos palabras misteriosas y los volvió a tapar; luego dijo en voz alta y clara:

Abacadabra, que la tierra se abra.

Un ancho boquete se abrió en el suelo; el vejete metió los tres frascos en él y el boquete se cerró como por encanto. Entonces el vejete montó sobre un bastón que traía, y desapareció por los aires.

Juan estaba intrigadísimo; tanto era así, que la curiosidad no le dejaba dormir. Al fin se acercó al lugar donde había ocurrido la misteriosa escena, y, recordando las palabras del viejo, dijo:

Abacadabra, que la tierra se abra.

El boquete se abrió, y los tres frascos aparecieron. Juan los cogió y destapó el primero.

Del fondo del frasco salió una voz extraña, que decía:

¡Bereber!, ¡Bereber!,
dirá el mercader;
y recobrará su fortuna
por voluntad de la Luna.

—¿Qué será esto?— se preguntó Juan, asombrado.

Del fondo del frasco volvió a salir la voz, diciendo:

Pero el que repita esto que yo digo
perderá los brazos en justo castigo.

Juan destapó el segundo frasco y oyó una voz que decía:

¡Molinetel!, ¡Molinetel!,
rugirá el fiero jinete,
y su corcel de batalla
partirá hacia la metralla.

Y al poco tiempo la misma voz advertía:

Pero el que repita esto que yo digo
perderá las piernas en justo castigo.

—Tampoco lo entiendo— pensó Juan, cada vez más extrañado.

Destapó el tercer frasco y oyó una voz que decía:

¡Cesa, tiniebla, cesa!,
suspirará la princesa,
y su mirada radiante
brillará cual un diamante.

Y al rato:

Mas, del que repita esto que yo digo,
caerá la cabeza en justo castigo.

Entonces los tres frascos saltaron al suelo y se pusieron a bailar; luego chocaron unos contra otros y se hicieron añicos.

Juan prosiguió su camino.

De pronto vió a un hombre que, llorando y lamentándose, se disponía a atar una soga a la rama de un árbol.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Juan.

—¡Ay!—dijo el otro—. Yo era un mercader muy rico y me he arruinado; mis pobres hijos están en la miseria; no me queda ningún recurso, y me voy a ahorcar.

Entonces Juan se acordó del primer

secreto y comprendió que podía salvar la vida al mercader devolviéndole su fortuna; pero se acordó también de que, según la advertencia de los frascos, quien lo revelase perdería los brazos. Sin embargo, no vaciló.

—Di estas palabras: «¡Bereber! Bereber!»

El mercader se apresuró a decir: «¡Bereber! ¡Bereber!», y en el acto sintió sobre sus hombros un saco enorme que estaba lleno de oro. Loco de alegría, regaló a Juan un par de guantes en señal de gratitud, y se alejó. Pero cuando el

joven se disponía a ponerse los guantes, sus dos brazos cayeron al suelo, y los guantes desaparecieron por los aires sobre una nubecita rosa.

El pobre Juan, muy triste, siguió andando, jurándose no revelar ya secretos que le costaban tan caros.

Al poco rato vió a un guerrero que se disponía a atravesarse con su propia espada, y le preguntó qué motivaba tan desesperada resolución.

—Soy muy desgraciado—dijo el guerrero—; mi corcel, a quien debo el haber ganado tantas batallas, ha muerto, y me es imposible vivir sin el fiel compañero de mis proezas.

Juan comprendió el segundo secreto; vaciló un momento; pero, al fin, dijo:

—Repite como yo: «¡Molinetel! ¡Molinetel!»

Tan pronto como el guerrero repitió estas palabras, su caballo dió un brinco y empezó a relinchar alegremente.

El guerrero lanzó un grito de sorpresa, y regaló a Juan, en prueba de agradecimiento, sus espuelas de plata. Luego se alejó al galope de su caballo resucitado.

Pero en aquel momento las piernas de Juan se le separaron del tronco, mientras las espuelas de plata se elevaban por los aires sobre una nubecita rosa.

El desdichado, sin piernas y sin brazos, se alejó penosamente, arrastrándose, cuando al llegar cerca de un río vió a una dama bellísima que marchaba ha-

cia el agua; al fijarse en ella, notó que era ciega.

—¡Detente!—exclamó—. Te vas a ahogar.

—¡Mejor!—contestó la joven, tristemente—. Será el fin de mis sufrimientos. ¿Para qué quiero la vida?

“De la flor, respiro el olor;
mas no veo su color;
ya no veo la belleza
de la Naturaleza;
si tan triste es el vivir,
prefiero ahogarme y morir.”

Entonces Juan, no escuchado mas que la voz de su buen corazón, exclamó:



—Di como yo: «¡Cesa, tiniebla, cesa!»

La princesa obedeció, y al punto sus párpados se abrieron y sus lindos ojos brillaron como los diamantes.

Se quitó su corona de perlas, se la puso a Juan y se alejó, ligera como una garza.

Pero apenas había vuelto la espalda, la cabeza de Juan cayó al suelo, y la corona de perlas voló sobre una nubecita rosa. Y el pobre muchacho, víctima de su abnegación, quedó inmóvil, sin brazos, sin

piernas y sin cabeza. A todo esto, el mercader, rico de nuevo y feliz, se hallaba con su mujer y sus hijos, cuando vió que sus guantes llegaban sobre una nube.

—¿Por qué habéis abandonado a vuestro amo?—preguntó.

—¡Ay, ay!—dijeron los guantes—. Nuestro amo no tiene brazos.

Entonces el mercader cogió un montón de oro, lo fundió y fabricó dos brazos; les puso los guantes y dijo:

—Id con vuestro amo.

El guerrero acababa de salir vencedor de un glorioso torneo cuando vió llegar sus espuelas de plata.

—¿Por qué habéis abandonado a vuestro amo?—preguntó.

—¡Ay, ay!—dijeron las espuelas—. Nuestro amo no tiene piernas.

Entonces el guerrero cogió su espada

y su armadura, las fundió y fabricó dos piernas; las puso las espuelas y ordenó: —Id con vuestro amo.

La princesa se hallaba bordando una tapicería, con sedas de mil colores, cuando recibió la visita de su corona, y al reprocharle su infidelidad con su amo y al enterarse de que su salvador no tenía cabeza, se arrancó el corazón; y como era tan tierno, modeló con él una cabeza muy hermosa; la puso la corona y dijo: —Ve con tu amo.

La cabeza fué la primera en llegar a su destino, precisamente en el momento en que el desdichado Juan empezaba a pensar muy seriamente en poner fin a sus días.

Lo primero que hizo Juan, al tener sobre los hombros aquella cabeza con su corona de perlas, fué apresurarse a mirar a derecha e izquierda; de pronto, vió llegar las piernas, con las espuelas de plata, y apenas se puso en pie, los brazos, lujosamente enguantados, acudieron a reunirse a él.

Echó a andar, reanudando su carrera tan trágicamente interrumpida, y, ¡oh, maravilla!, notó entonces que sus piernas de acero eran incansables; en el camino fué atacado por una partida de bandidos, y sus brazos invencibles los derrotaron a todos sin la menor dificultad; y cuando sentía hambre o frío, de sus manos de oro fluía el dinero en abundancia, y pudo comprarse manjares suculentos y pelizas de buen abrigo. Fué rico y poderoso, pero supo emplear bien su fuerza y su fortuna; recorrió el mundo aliviando miserias y luchando en pro de las causas nobles; cuando un rey hacía de su poderío un uso despótico, injusto o cruel, le destronaba, eligiéndose a sí mismo, por su propia voluntad, rey, y gobernaba tan sabiamente, que llegó a reunir bajo su mando una profusión de Estados, sin que nadie pensase siquiera en protestar.

Como si esto fuese poco, era lindo, hasta el punto de que todas las reinas y princesas del mundo querían casarse con él; pero él las rechazaba o no las recibía si quiera; y es que en el fondo de su alma se acordaba siempre de aquella princesita que le había hecho don de su corazón con una corona de perlas.

Un día en que acababa de destronar a un nuevo rey, descubrió con loca alegría que la hija del monarca era precisamente la dama de sus ensueños; se puso de rodillas ante ella y le hizo una declaración preciosa; pero, ¡horror!, la princesa no le amaba; no podía amarle, por el hecho sencillo de que no tenía corazón, puesto que se lo había regalado a él.

Juan tuvo una idea genial:

—Princesa—dijo—, me habéis dado vuestro corazón; tomad el mío.

Y se lo dió, eectivamente.

La princesita se enamoró en el acto perdidamente de él, como no podía menos de suceder. Se casaron y tuvieron muchos hijos, a quienes prohibieron terminantemente pasearse por los bosques a las doce de la noche.

Juan (que no se olvidaba de sus antiguos amigos) mandó venir a su corte al mercader y al guerrero. Nombró al primero ministro de Hacienda, y al segundo, generalísimo de los ejércitos de sus Estados.

Y todos juntos vivieron muy felices, y comieron muchas codornices.

(Que no siempre van a ser perdices.)

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

DEMOSTRACIÓN DE LA DISCUTIDA AUTENTICIDAD DEL RETRATO DE DON FRANCISCO BAYEU HECHO POR GOYA Y EXISTENTE EN EL MUSEO DEL PRADO

Documentos inéditos

Goya y Bayeu. pintores de retratos

PRUEBA DE LA INEXACTITUD DE LA ATRIBUCIÓN A GOYA DEL RETRATO DE SU SOBRINA FELICIANA BAYEU, CONSERVADO EN LA MISMA PINACOTECA

A ti, querido Beruete, el mejor historiador español de Goya y de su arte, te brindo este artículo. En repetidos pasajes de él hallarás tu nombre; acepto la dedicatoria en testimonio de nuestra antigua y bien probada amistad.

Una feliz casualidad, merced a la intervención de un excelente amigo y compañero mío, ha permitido que lleguen a mis manos varios valiosos documentos acerca del pintor D. Francisco Bayeu, cuñado de Goya. A su poseedor, D. Juan G. López Cruz, inspector del Cuerpo de Telégrafos, debo el haber podido examinarlos en calma, y, con ellos, también, el conocimiento de los lienzos pintados por aquel artista, que representan a su esposa, doña Sebastiana Merclein, y a su hija, Felicianita Bayeu.

Por lo que más adelante ha de verse, no dudo en considerar de verdadera importancia el hallazgo. A más de documentar una obra, el retrato de Bayeu que

en 18 de junio de 1795, con doña Felicianita Bayeu, hija legítima y única de D. Francisco Bayeu, primer pintor de Cámara de S. M. y director general de la Real Academia de Nobles Artes, y de doña Sebastiana Merclein,

drás apreciar por el grabado, y que nos muestran a doña Sebastiana Merclein y a Felicianita Bayeu.

En el inventario de bienes ordenado a la muerte de la segunda, se lee:

«Otro de doña Sebastiana Merclein su mager hecho por Bayeu... 300 (reales)
Otro de su hija doña Felicianita... 800 (reales)»

Los dos, tasados en igual cantidad, tienen igual tamaño (0'47 m. por 0'38,5). Por una serie de detalles, fuerzan a recordar la técnica que se descubre en la cabeza del de Felicianita, propiedad del Prado. El azul, en el lazo del tocado; es, si no el mismo, análogo en los dos retratos de la jovencita; y si el tono del pelo difiere algo, débese a que en el óleo del Sr. López Cruz Felicianita viste traje de sociedad y su cabellera aparece levemente empolvada, con arreglo a la moda de la época.

En la Exposición que la Sociedad Española de Ami-

Otro original de D. Francisco Bayeu sacado por Goya con su marco dorado y de medio cuerpo... 2000
Otro de D.ª Sebastiana Merclein su mager hecho por Bayeu... 800
Otro de su hija D.ª Felicianita... 800

figura esta partida: «Idem. Una caja de oro, ovalada, como de tres onzas, con cristal y una cifra en el medio». Y al margen: «Dádivas de la novia. La caja se la regalamos al tío Goya por hacer el retrato de nuestro padre, don Francisco Bayeu.»

Hay más. El retrato en cuestión lo encontramos tasado en 2.000 reales, y así descrito: *Otro original de don Francisco Bayeu sacado por Goya, con su marco dorado y de medio cuerpo*, en el «Inventario general de bienes, muebles, efectos y demás haberes correspondientes a don Pedro Ibáñez y su difunta muger doña Felicianita Bayeu y Merclein», formado con motivo de la muerte de ésta, en 13 de noviembre de 1808.

Más aún. El retrato citado se adquirió en 1866 por R. O., en 400 escudos, para el Museo de la Trinidad, y previo informe de la Academia de San Fernando, a don Andrés Mollinedo, descendiente de D. Pedro Ibáñez y tío de doña Milagros Martínez Mollinedo, actual esposa de D. Juan G. López Cruz.

Los instrumentos notariales por mí utilizados fijan con claridad la fecha del retrato. Fallecido Bayeu en la villa y corte a 4 de agosto de 1795, hemos de pensar que Goya lo haría ajustándose al de Valencia en lo substancial, y, de fijo, por encargo de sus sobrinos. La viuda, doña Sebastiana Merclein o Merclein, que de las dos maneras se transcribe su apellido, no sobrevivió un año a su marido, según consta por el expediente personal de D. Francisco Bayeu, que existe en el Archivo de la Real Casa (noticia comunicada por el Sr. Sánchez Cantón).

El retrato de Felicianita Bayeu que se guarda en el Prado no es de Goya. La inscripción puesta con pincel en él denuncia los rasgos caligráficos de D. Francisco Bayeu. En cuanto al estilo pictórico, tampoco cabe adjudicarlo al del genial sordo.

Por una confusión, a ratos explicable, han venido pasando por de Goya retratos hechos por su cuñado. Advertíalo en ocasiones la crítica, y no dejó de indicarlo en el caso concreto del cuadro a que nos referimos. Los Sres. Allende Salazar y Sánchez-Cantón se inclinaban al juicio de D. Manuel Gómez-Moreno, y, por lo tanto, a la atribución en favor de Bayeu (O. C. pag. 274). Por su parte, el profundo historiador de la producción goyesca, D. Aureliano de Beruete y Moret, notaba lo poco típico de dicha obra, y sus

Dádivas de la novia... La caja de oro ovalada como de tres onzas con cristal y una cifra en el medio... más para Corbacin: un par de bucles a Encage: un par

afinidades con un bonito busto perteneciente al Museo de Bruselas (núm. 738 del catálogo: cf. Beruete, O. C. I. pag. 32).

Requeríanse algunos retratos indiscutibles de Bayeu para resolver el problema, y he aquí felizmente, lector amigo, los dos propiedad del Sr. López Cruz, que po-



DOÑA SEBASTIANA MERCLEIN, ESPOSA DE BAYEU

se admira en el Museo del Prado (núm. 721 del último catálogo), daré mis razones para que no se tenga por de Goya el de Felicianita (núm. 740 h. ídem íd.), legado en 1912 por D. Cristóbal Ferriz y Sicilia.

Con el fin de justificar mis asertos, acudiré en primer lugar a un libro que atesora abundantísimo material erudito: «Retratos del Museo del Prado—identificación y rectificaciones», por D. Juan Allende Salazar y D. Francisco Javier Sánchez-Cantón (Madrid, 1919). Ambos señores, no desdiciendo una opinión que a cierto artista francés inquietaba, recogieron la especie de que el mencionado retrato de Bayeu no fue ejecutado por Goya, sino por Mariano Fertuny (página 277). En honor a la verdad, diré que después se han rectificado, y cúpleme aquí declararlo en su nombre.

Para mí, siempre se trató de un espléndido Goya. Cuando en 1919 se trajo del Museo Provincial de Valencia, para enviarlo a la Exposición de Arte Español en París, el retrato de Bayeu firmado el año 1786, ofrecíame cotejarlo con el de Madrid, y de acuerdo con el parecer del Sr. Beruete (*Goya, pintor de retratos*, página 49), estimé el segundo como auténtico de Goya: la nota que por entonces publiqué en EL IMPARCIAL (19 de marzo de 1919) así lo atestigua. Don Aureliano de Beruete y yo señalamos una diferencia de ocho o nueve años entre el cuadro de Valencia y el del Prado; que nuestro cálculo no era nada infundado, se comprenderá por lo que sigue.

En la relación de bienes aportados por el oficial tercero de la Contaduría principal de la Real renta de Correos, D. Pedro Ibáñez, al contraer matrimonio



FELICIANA BAYEU MERCLEIN, HIJA DEL PINTOR

gos del Arte celebró durante la primavera de 1918 se exhibieron dos retratos de Bayeu (núms. 29 y 30 del catálogo); ignoramos qué fundamento había para que sus dueños los designasen como el de la hija y el de la madre del pintor. En cambio, a los del Sr. López Cruz, llamados por tradición familiar «las abuelas», los garantiza el documento. Por lo cual, se constituyen en punto de partida para una futura revisión que dé por resultado aislar la labor de Bayeu, mezclada hasta el día con la coetánea de Goya.

Ingrata, más ingrata de lo que el vulgo imagina, es la tarea de clasificar con seguridad ejemplares de pintura. Los grandes nombres, y sin excepción el de Goya, han absorbido al cabo del tiempo el de artistas menos afortunados o más modestos, unidos a ellos por parentesco, por amistad o por influencias recibidas. Bayeu, notable retratista, quedó oscurecido al lado de su hermano político Goya. Ahora empezamos a percatarnos de que el autor de las *Majas*, en un principio, no aventajaba mucho a los colegas con quienes trabajaba, y en especial a Bayeu.

Hacia 1788 datan los Sres. Allende Salazar y Sánchez-Cantón el retrato donado al Museo de Pinturas por el Sr. Ferriz. Asimismo, hacia esa fecha, retrató Goya a la marquesa de Pontejos (Beruete, O. C. I., página 39). De ser ambos rigurosamente contemporáneos, la carnación seca y la factura nada suelta en el de Felicianita obligan a pensar en un pintor que no sea el Goya que a la sazón surgía con grandes bríos.

Vengamos ahora a los bayeus del Sr. López Cruz. El de doña Sebastiana Merclein, en tela de regular grano y con imprimación de almagra, casi carminosa.

está muy cerca del procedimiento goyesco. El blanco de zinc en las largas pinceladas que imitan la seda del fichú sobre el tinte de la preparación, y las carnes con rojos y grises, le prestan una entonación un tanto violácea; más rosada y encendida es la del retrato de Feliciano, con su cuñis de irisado nácar.

No le tentó a Bayeu favorecer ni realzar aquí la hermosura de sus modelos. Procedió en ambos seguro de sus medios y ajeno a la preocupación del encargo. En los dos hay matices del estilo dieciochesco francés, y, desde luego, no escasas diferencias con el acromado y el insistido empalagoso de Antonio Rafael Mengs. Sin suplantar la dicción tan personal de Goya, el retrato de doña Sebastiana Merklein aproximase mucho a ella, por la ejecución.

Ha de irse a buscar el manierismo de Bayeu en otras obras; en estas dos fué de lo menos amanerado, sin duda por la libertad de que gozaría no teniendo el reparo indiscreto e interesado de damas presumidas: la sinceridad, más preciada aún en el seno de la propia familia, le salvó de ese riesgo.

Restame por decir que estimo los dos retratos entre los últimos en que se emplearon los pinceles de su autor. Ya no es Feliciano la muchacha de trece años, que el cuadro del Prado nos muestra; es la doncellita casadera que no ha cumplido los veinte, con todo el encanto de una juventud amable y templada, por domésticas virtudes. En el severo gesto de doña Sebastiana se disimula un punto de romántica tristeza, que invita al comentario poético. Lejos estamos de la alegre mujer madrileña en la visión castiza de D. Ramón de la Cruz, y del donaire majesco que pone en cada cuerpo femenino animados y alocados aires de vihuela.

El inventario general de bienes que se formó por muerte de doña Feliciano Bayeu y Merklein contiene datos de interés. Anotaremos algunos que bien valen la divulgación, por lo que tocan a las artes:

«Un espadín afiloteado con la guarnición de oro

gravada de relieve hecho en Madrid por Montargis 500 reales»

No especifica si es Carlos Montargis el padre o el hijo. Tampoco las pinturas se citan, la mayoría de las veces, con la probable atribución en el capítulo correspondiente.

«Una virgen con el niño... Un san Pedro en la Cárcel... Una tabla con la Oración del Huerto, &»

Copias acaso de Velázquez, anónimas o de Bayeu, se mencionan cuatro; lo bajo de la tasación nos autoriza a suponerlas copias.

«Un retrato del conde duque de Olivares con su marco dorado..... 160

Otro del Rey Felipe 4.º id..... 160

Otro de un enano sentado con id..... 500

Otro de Belasquillo (¿El Calabacillas o Bobo de Coria?) con id..... 500»

Más justificadas se ven las partidas siguientes:

«Otro (cuadro) de Santo Tomás de Villanueva dando limosna a los pobres con su marco de id. hecho por Fr. Manuel Bayeu..... 80

Otro de la adoración de los Reyes por id. con igual marco 60

Un retratito del famoso Mengs con su marquito dorado y cristal..... 8

Un diseño en borron y cascarrón de la grandeza de España en letras y armas que estaba estudiando al tiempo de su muerte Dn Franco Bayeu para pintarlo en un techo de Palacio..... 1.000»

Después se enumeran, en las estampas, éstas:

«Una... de la vigen gravada por Esquivel, con su marco negro y filete dorado y su cristal..... 20

Otra de la virgen y el niño... hecha a lápiz por Bayeu 30

Otra de la purísima concepción copiada de otra de Mengs por Sra. de. &..... 20

Otra de tertia que representa a Dn José Nicolás de Azara y la ciudad de Roma con igual marco y cristal gravada por Fontana..... 20

Un diseño en papel de la entrega de las llaves de Granada, sin marco..... 160

Don Pedro Ibáñez y doña Feliciano Bayeu poseían una buena biblioteca. Libros castellanos, latinos, franceses e italianos, de Historia, de Geografía, de Religión, Moral y devoción, de versos, &, se registran bastantes. Fácil es adivinar, por sus títulos, que fueron de D. Francisco Bayeu.

«Poema de la pintura por Rejon de Silva &... 10

Los milagros de N. S. J. en 15 estampas y además de los 12 apóstoles en pergamino..... 160

El pintor cristiano y erudito por Ayala 2 tomos. 30

Viajes de España por don Antonio Ponz 18 tomos en pasta..... 288

Id. otros dos de los viajes fuera de España en pasta..... 20

El pincel por Dn Félix de Lucio impreso en 1681 un papelito 2

Explicación de las líneas y puntos de la perspectiva manuscrito un tomo en 4.º..... 6

Arcadia pictórica por Arrasio Tebano, un t.º en pasta 12

Diccionario portátil de las Bellas Artes en Italia, por Lacombe (en italiano) 8

Dirección de la perspectiva teórica por Gali, idem 20»

Forzoso será que acabe, porque se ha dilatado más de la cuenta este artículo.

Mas antes he de significar mi mayor gratitud a don Juan G. López Cruz, por su amabilidad para conmigo, de la cual salen hoy gananciosos los lectores de Los LUNES.

En cuanto a los retratos de la mujer y la hija de Bayeu, si alguien me preguntase, o sin preguntármelo, mi opinión, contestaría que los considero dignos de figurar al lado de los de Goya, en el Museo del Prado. No siempre se puede dar una respuesta semejante.

Angel VEGUE Y GOLDONI

IMPRESIONES DE UN LECTOR

BELARMINO Y APOLONIO

De dónde ha tomado Ramón Pérez de Ayala los elementos de esta novela? He aquí una acción que transcurre, íntegra, en la poderosa mente del autor; es la novela de un cerebral, de un subjetivista. Y con todo, su semejanza más inmediata (sin daño alguno para la originalidad) está en una obra del más preciado de los objetivistas: en el *Bouvard et Pécuchet*, de Flaubert. Pero la dualidad de Belarmino y Apolonio no me parece resolverse en amargor pesimista. El desenlace, donde creo entrever una intervención dulcemente simbólica, tiene una clásica serenidad.

¿Quiénes son Belarmino y Apolonio, como entes de razón, personificaciones abstractas de un motivo interior? Acaso el autor haya querido infundir en sus muñecos filosóficos el esfuerzo de una humilde llama espiritual que pugna por tornarse antorcha: *Sutor ultra crepidam*. Los dos zapateros querían proyectar sus *ánimulas* más allá de la pobre visión abierta ante su taller o su sotabanco. Uno con otro tal vez se complementan en las honduras de lo desconocido. Uno y otro participan de Heráclito y Demócrito. Pero yo diría que Belarmino tiene oculta su literatura y disimulado su tonel en el fondo de su casona, atronada por las agrias invectivas de la socrática Xuantipa. —¿Cómo le gustaban a D. Benito esas trasposiciones de los nombres clásicos! —En cuanto a Apolonio, no dudó en afirmar que desciende de la escuela de Aristipo, atraído por el fausto parasitario de Cirene.

Belarmino ha «vuelto a crear» el diccionario. Como es un *curandero* de la filosofía, un jugador bárbaro que refunde en su mente plebeya las relaciones primarias entre las cosas y sus designaciones, no siempre, al bautizar como hijos

propios los conceptos y los objetos, tienen los nombres el mismo valor con que los designa la multitud que los ha recibido ya bautizados por mente ajena.

Belarmino es el filósofo; Apolonio es el trágico. Aquél siente en la vaguedad de su incultura atisbos profundos que no acierta a expresar. Este, en cambio, declara con huecas sonoridades valores que no puede sentir. No olvidemos que Apolonio, como Shakespeare, es actor de su propia y espontánea dramaturgia; «espectador de sí mismo»; una especie de aeda histrión; y, fiel a las recomendaciones de Diderot, permanece frío en el fondo de sus vacuas y enfáticas declamaciones.

Ante ese dúo transcurre la vulgaridad de un pequeño mundo. Pero no a la manera tradicional del canon novelesco, en que los protagonistas luchan con el mundo que los envuelve, o bien juzgan, desde su torre de marfil, desde su astro imaginario, la tristeza de las cosas que pasan ante ellos. No. Belarmino y Apolonio no pertenecen al mundo pululante y ruín que los rodea. Belarmino, sobre todo, vive con sus familiares alucinaciones, sumergido en las sombras de un lenguaje útil únicamente para el diálogo consigo mismo, que no es precisamente el monólogo.

Y cuando la desgracia le hiere en la inocencia virginal de su hija adoptiva, diríase que las sombras de sus propias quimeras acuden a consolarle, como las Oceaníidas a Prometeo.

Pero quiero destacar de entre los personajes accesorios de esa novela un vigoroso carácter de mujer: la duquesa; su entrevista con su antiguo lacayo convertido en obispo tiene ráfagas sobrevivientes de feudalidad.

¿En qué desdoblamientos profundos de su espíritu ha engendrado Ramón Pérez de Ayala sus dos personajes extrañamente complementarios? Sus nombres sonoros e ilustres no me sugieren ninguna similitud con los varones que en la Historia los llevaron; antes se me antojan personajes de Plauto, encaramados sobre sus pobres zuecos, con el imposible anhelo de que se eleven a la categoría de coturnos...

Otro personaje, central a su manera, es un clérigo desenfadado y vivaz, pariente espiritual de Jerónimo Coignard, aquel *goliardo* cuya vida y cuyas ideas nos contó donosamente el maestro Franco. El clérigo de Pérez de Ayala nos proporciona algún capítulo que representa, para mí, un momento considerable en la evolución de la prosa castellana. Recuerdo de él, singularmente, una magnífica disertación sobre los cánticos del Breviario, que descubre un sentido profundo de la evolución cristiana. Sobre todo, la página referente a la renovación espiritualista que aportó San Pablo. Dejéme transcribir: «Los griegos, aunque espiritualistas, no habían acertado a sutillar el alma humana sino asimilándola y, por ende, denominándola con la palabra *psique*, mariposa, que para ellos era imagen de la levedad suma. ¡Qué milagroso avance en la espiritualización del alma desde la *psique*, material todavía, hasta el *pneuma*, materia inmaterial, sustancia etérea, soplo divino!... El Señor es el espíritu; Dios reside en nuestra alma. Todo el resto, documentos, testimonios y dogmas, es secundario. No hay ino robustecer y exaltar el elemento espiritual de nuestro ser. Tal es el deber religioso primordial y único. El cristianismo enriqueció la historia de la conciencia humana con un acto de creación: la creación del espíritu. El espíritu es algo más fino y elevado que el alma. Los egipcios creían ya en el alma. Pues el espíritu es el alma en libertad. El espíritu, sobre la tierra, existe con conciencia de sí propio—pues antes existía a ciegas—desde hace diez y nueve siglos: desde San Pablo... El espíritu es

superior a la *psique* y no se puede llegar hasta él por la mera psicología.»

Pero yo hago mis reservas sobre esa comparación de palabras y conceptos. *Pneuma*, soplo, espíritu, hálito, aliento, como *ánimos*, ánima, alma, viento; al fin y al cabo, estas imágenes concretan el alma en el síntoma vital de la respiración; y, por lo demás, se las encuentra ya en los más antiguos textos bíblicos; el viento fortísimo del Génesis, o soplo de Elohím, que los intérpretes masoréticos llamaron después Espíritu Santo; el *spiraculum vitae* que Dios inspiró en la faz del primer hombre; todo ello descubre la antigüedad de la metaforización del alma por el soplo, por el viento, dinámica del hombre y respiración del mundo. Y San Pablo, verdaderamente, parece el estilizador platónico de esa antigua forma, el Espíritu, como el Cuarto Evangelio lo fué de la Palabra, del Verbo.

Pero la otra metaforización, la helénica, la de la Mariposa, por lo mismo que no brota directamente de la observación vital, tiene acaso mayor eficacia sugestiva de inmaterialidad; porque es una voz alada... Es, en fin, una forma puramente metafórica, con todo el divino zoomorfismo simbólico de los mitos. ¿Acaso el instinto de la representación cristiana no recurrió a la propia tentativa al volatilizar el Espíritu de Dios en la hagiografía mística de la Paloma?

Quiero terminar mi divagación de hoy con unas palabras casi finales del libro de Ayala, que encierran, creo yo, la última inducción de las cosas y de las esenciales para un temperamento de intelectual; esto es, para un hombre-*psique*, mariposa y abeja a un tiempo, que liba sobre todas las flores por el conocimiento y por el placer, por la *sofía* y por la belleza: «El error es de aquellos que piden que una opinión humana posea verdad absoluta. Basta que sea verdad en parte, que encierre un polvillo o una pepita de verdad.»

Gabriel ALOMAR

LECTURAS

Cuidadosamente editado por la Casa V. e H. de Sanz Calleja, se ha puesto a la venta un nuevo libro de Emilio Carrere, titulado *La bohemia galante*.

Mister Félix Lavery ha querido consagrar de un modo patente su admiración al inmortal Rafael en una documentadísima biografía que complementan admirables reproducciones de los más célebres cuadros del inmortal pintor.

El libro de Mr. Lavery ha sido lujosamente editado por la Casa Lands & Co., de Londres.

En la colección de «Novelas Nuevas»,

la editorial Saturnino Calleja ha publicado la interesantísima narración *Vida de los mártires* (1914-1916), de Georges Hechamel, escrupulosamente traducida por Rafael Calleja.

«Mundo Latino» acaba de poner a la venta el tomo XIII de las obras completas de Emilio Carrere. Contiene la comedia lírica *La canción de la Farándula*, que le da título, y varios artículos amenísimos.

El tomo XII de las Obras Completas de Linares Rivas contiene las bellísimas comedias *Las zarzas del camino* y *Fantasmás*.

«Mundo Latino» ha publicado las segundas ediciones de las novelas de José

Francés *Como los pájaros de bronce* y *La ruta del Sol*.

La Editorial Castilla ha inaugurado sus publicaciones con el primer tomo de la Colección Pompadour. Se titula: *La señorita de la boca grande*, y es un volumen original de Oscar Onix, con comentarios de Adela Carbone.

Se ha impreso el libreto de la opereta *La millonaria*, de Luis Pascual Frutos, estrenada recientemente con estimable éxito.

El doctor Lucien-Graux, autor de interesantes relatos de la gran guerra y de libros tan bellos como *La dame de cristal*, ha publicado una novela titulada *Réincarné*.

CARNE LÍQUIDA

DEL Dr. VALDÉS GARCÍA
DE MONTEVIDEO



TÓNICO-RECONSTITUYENTE
= PODEROSO NUTRITIVO =

— En todas las —
Farmacias y Droguerías

INSUSTITUIBLE PARA ANEMIA,
DEBILIDAD NERVIOSA, CLOROSIS,
— TUBERCULOSIS, —
— NIÑOS RAQUITICOS —
— Y CONVALESCENCIAS —

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

GRAFICO HISPANO

FOTOGRAFADO

ARTE GALILEO 34 TELEFONO J. 859

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

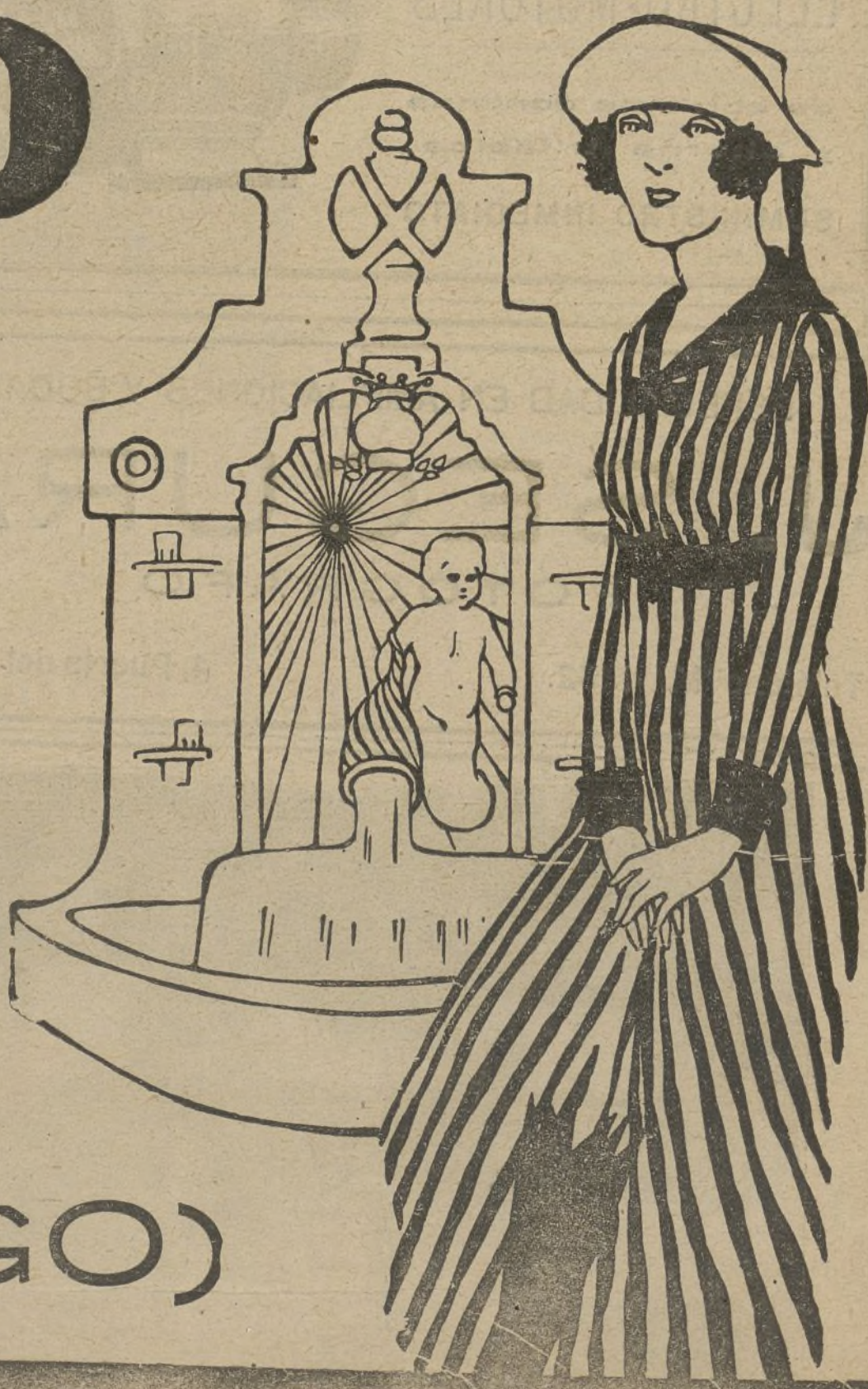
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)



ARTRITICOS **REUMATICOS**



RENOSEPTINA
ELIMINADOR ENERGICO DEL ACIDO URICO

A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.
Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
Zaragoza.

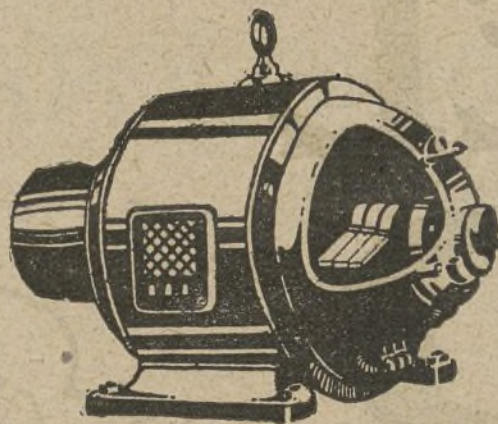


Grandes existencias recibidas
recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua
y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO

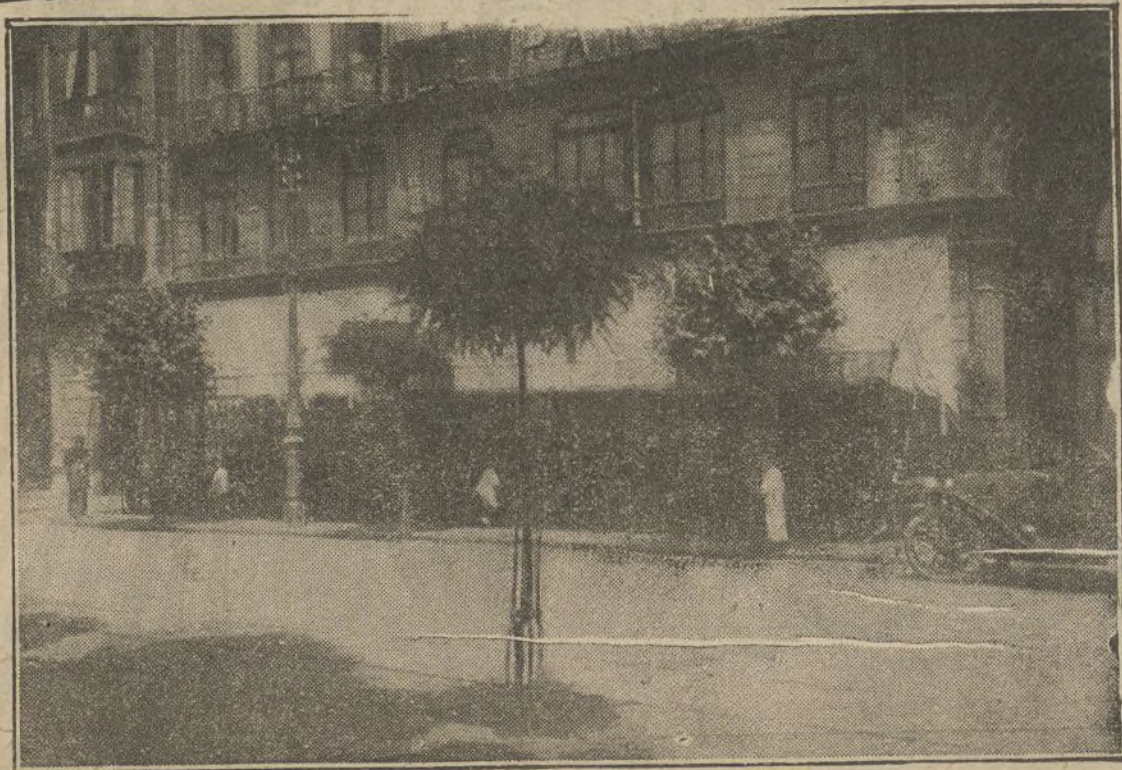


ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA
FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.



Café del Hotel de París.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado



UNGÜENTO MAGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 pias.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

¡EUREKA!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.